

VII

SANSÓN CARRASCO

He aquí el símbolo de la equivocación poderosa. El Bachiller Carrasco es en el Gran Libro la antítesis de don Quijote. Su obra, sus propósitos, se elevan casi hasta el nivel de lo que anhela destruir. Es el hombre de los extremos, que de tanto avizorar en los horizontes llega a percibir las cabezas de sus antípodas. El Bachiller Carrasco simboliza también los espíritus infecundos y las almas cobardes. Incapaz de crear algo en la vida, vive del jugo extraído a las grandes personalidades. Es uno de aquellos a quienes fustigaba Saint-Beuve, que toman por ideas originales las sacadas de los libros, con sólo darles carácter de negación.

Por eso se nos presenta a veces como un socarrón, que ha hecho de su socarronería alimento predilecto. Es el hombre que vive encerrado en su equívoco, sabiéndose equivocado, sin intimidad propia, resguardando sus lamentables deficiencias con el uso perenne de las máscaras. Y es aquí donde se pone de manifiesto la paradoja más paradójica que puede imaginarse: Estos seres —pobres seres que no resistirían dos minutos de soledad— son propicios a la risa, y las líneas de sus semblantes enmascarados son voceros de alegrías amplias y ruidosas.

No es difícil que se hagan pasar por los hombres más felices del universo, siendo así que carecen de esas preocupaciones internas que sumen a los demás en las nieblas más impenetrables. Los Bachilleres Carrasco —mediocridades que tienen conciencia de su mediocridad, y por eso la tapan y desfiguran— son los mejor situados para adquirir la gran fama entre los tontos. Para ellos están guardadas las grandes heroicidades, y nadie más que ellos pueden tener la osadía de apoderarse de unas armas, proveerse de un escudero y luchar con don Quijote en su propio terreno. El Bachiller Carrasco no tiene para don Quijote esos inútiles discursos del canónigo de marras pretendiendo hacerle ver que está loco y que sus acciones son solemnes disparates, no. Carrasco lo adula, lo llama flor y nata de la andante caballería, le da cuenta de lo celebrada y leída que es su historia, y por último, le incita a lanzarse por tercera vez al campo para que la gloria y la ya grandísima fama de su fuerte brazo conquiste nuevos laureles, todo en bien de los menesterosos, de los oprimidos y de las desamparadas doncellas.

El ama y la sobrina de don Quijote —mediocridades que no tienen conciencia de su mediocridad, y por eso la muestran a la vista y examen de todos— creen loco al socarrón de Carrasco, o si no loco, un chusco que quiere reírse de su pobre amo y tío. Pero el Bachiller tiene meditado un plan, un plan en cuya formación entra el acierto de comprender en toda su magnitud la locura quijotesca, sin cuyo previo conocimiento bien sabe Carrasco que serían inútiles sus tentativas. Porque para la resolución de un problema, lo primero, claro es, es comprenderlo, y esto bien saben los Carrascos que está al alcance del más necio. La dificultad es *crear* un problema, plantearlo, obtenerlo de dentro de sí utilizando verdades íntimas (1). Don Quijote, con su locura, crea un problema. Sansón Carrasco *ve* ese problema y lo resuelve violentando las verdades.

Veamos su método: Hacerse —fingirse— caballero andante compañero de profesión de don Quijote, luchar con él y vencerle, anulando su fuerza quijotesca, haciéndole esclavo de

su capricho en aras de ciertos preceptos de la caballería. Su plan es sencillo, al parecer, pero de una complicación interior enorme. Para Carrasco su solución es de una claridad a prueba de bomba. Su optimismo es de ese matemático que con asombrosa rapidez traza letras y letras en presencia de una cuestión difícil, hace operaciones, elimina incógnitas, plantea ecuaciones, y a última hora, cuando la pizarra rebosa números y letras, un error de procedimiento, leve pero fundamentalísimo, hace estéril todo su trabajo. Porque Carrasco también tuvo un pequeño error que ahogó todo su plan: Jamás había pensado que don Quijote pudiera derrotarle a él.

La fantasía de don Quijote se alimenta de inmensas metáforas. Su vida en nuestro mundo no es más que un alternar, casi periódico, de dos ambientes: quimera y metáfora. Si bien *su* quimera tiene también algo de metáfora. En este caso, la vida de don Quijote es una gran metáfora.

Pero la metáfora suya, la creada por él, su ambiente fantástico, o sea nuestro mundo, debe considerarse como una quimera o una excentricidad. Don Quijote, para venir a nosotros, se salió de su centro, pero entró en el reino de la fantasía, no en el de la metáfora.

La metáfora, alimento para sus quimeras, se la suministran en gran cantidad los equivocados o los burlones que encuentra en gran número durante su viaje.

Podemos asegurar que la quimera de don Quijote se habría agotado pronto si las inyecciones metafóricas no le prestaran fuerzas de cuando en cuando. Y entre todas las metáforas vividas, la más grande, la que le dio a don Quijote mayores auspicios de la conquista de una *nueva realidad*, fue el método que el socarrón de Carrasco pretendió seguir para resolver el problema de su locura. Don Quijote bebe en esta gran metáfora hasta saciarse, y la alegría que le produce vencer a un valeroso caballero andante pone en él nuevos ímpetus para la gran conquista.

Dígame si don Quijote hubiera subsistido mucho tiempo si los humanos no hacen caso de él, esto es, si la actitud de éstos frente a su locura es sólo una débil ráfaga compasiva. Don Quijote habría muerto asfixiado en un ambiente donde el aire respirable no tenía bastante oxígeno para llenar las exigencias de sus pulmones. Para sacarle de este grave aprieto frente a la muerte de su quimera, vienen las metáforas, que le prodigan, como ya hemos dicho, los que pretenden *salvarle* o los que se quieren burlar de él; verbi gracia: la comparsa de la duquería.

Esto no lo vio Cervantes, que estaba en la creencia de que don Quijote vivió tanto tiempo entre nosotros porque lo hacía soportable su buen juicio en muchas ocasiones.

Sansón Carrasco, vencido por Don Quijote, es de los más hermosos capítulos que nos ofrece el Gran Libro. Sin embargo, los más hermosos capítulos del Gran Libro son todo quimera y metáfora. La historia íntima de don Quijote no está en el libro de Cervantes. Aquí no hay más que el relato de lo que le acaeció en su excentricidad, durante su vida quimérica en nuestro ambiente. Pero de esos hermosos capítulos del Gran Libro hemos de partir para comprender algo de la Gran intimidad quijotesca, para saborear esa historia no escrita que rebulle, debajo, muy debajo, del libro de Cervantes.

Sansón Carrasco abandona, vencido, el propio terreno quijotesco, y digo el *propio terreno* porque esta aventura fue tan intensa que casi puso ante don Quijote una realidad. Porque don Quijote, aunque las más de las veces se cree ente real, esto es, que ignora su carácter de hombre excéntrico y fantástico, duda en ciertas ocasiones, no se atreve a decir

para sus adentros que es caballero andante. ¿No veis como después de alguna aventura exclama regocijado: «Ahora es cuando creo que en realidad soy caballero andante»?

Amigo Carrasco: tú vencerás a don Quijote, no lo dudes. Posees la ventaja de que lo tienes hasta cierto punto desorientado, en tu propio campo. Bien te has dado cuenta de esta superioridad tuya. Sabes que don Quijote no es de tu país, y está en él como en una patria extranjera. Sin embargo, ahora te ha vencido. No importa, persíguele nuevamente y el triunfo será tuyo.

No hace falta que nadie le diga esto a Sansón Carrasco. A su anhelosidad redentora une también la venganza que clama el dolor de los golpes recibidos.

Y Sansón Carrasco monta otra vez en su caballo y camina, camina en busca de don Quijote, que también camina en pos de las incógnitas de sus anhelos, cosas que bullen en su imaginación con la inconsistencia de lo que no existe ni puede existir...

Hemos aludido ya a esa ansia fervorosa de don Quijote: Vivir en los demás. Esos propósitos suyos de *resucitar* en el mundo la andante caballería no tienen otra significación que la de imponer *su* ambiente. Y hemos dicho también que fracasó en sus intentos como han fracasado igualmente otros hombres.

Y digo yo que fracasan hasta los que consiguen influir en muchedumbres. Porque éstos no viven en las muchedumbres. Son las muchedumbres las que viven en ellos. Estos hombres *triunfadores* venden, como Fausto, su alma, su propio yo, recibiendo en cambio halagadores aplausos. Don Quijote renuncia desde luego a pertenecer a esta clase de triunfadores. Por eso fracasa, y por eso tenía que fracasar. Por eso puede vencerlo, y lo venció al fin, el socarrón de Carrasco... Pero en su lugar hablaremos de esta derrota, y demostraremos que no hubo tal derrota, mejor dicho, derrota sí hubo, lo que no hubo fue triunfo de la personalidad del Bachiller Sansón Carrasco sobre don Quijote.

Nota

(1) Las interrogaciones de la vida no son problemas. Interrogación no quiere decir problema. En todo caso, esas interrogaciones que invocan los filósofos serán fuentes o manaderas de problemas. Cada adquisición de la mente del hombre es un problema, pero resuelto.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Quijote_011